

EL MAESTRERO ESPAÑOL

PERIÓDICO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

APARTADO, 131

OFICINAS: CALLE QUEVEDO, 7

TELEFONO, 2979

REVISTA PEDAGÓGICA

CHILE

Las Escuelas en 1921.—Del mensaje presidencial leído en 1.º de junio de 1922 se toman los siguientes datos:

«Debido a la ley sobre educación primaria obligatoria, el número de alumnos matriculados en las 3.299 Escuelas primarias públicas ascendió a 377.050, o sea un aumento de cerca de 80.000, en comparación con los matriculados en 1920. El promedio de concurrencia fue de 274.387. De los 8.847 Maestros de estas Escuelas, un 46 por 100 eran graduados de Escuelas Normales. En las 15 Escuelas Normales había 1.926 estudiantes, de los cuales se graduaron 369. Cada Escuela Normal tiene anexa a la misma una Escuela práctica.

En las Escuelas primarias funcionaban los siguientes talleres, donde se hacían trabajos manuales: 796 de costuras, en los cuales se enseñaba a 33.000 alumnas; 69 de tejidos; 117 de ciencias domésticas, o sea el duplo de las que había en 1920; donde adquirían conocimientos prácticos más de 30.000 alumnos; 373 Escuelas de artes y oficios, o sea un aumento de 29 Escuelas, en las cuales a los alumnos se les enseñaban trabajo en madera, construcción de cartonaje, cestería o modelado.

El Ejército también ha sostenido Escuelas primarias, en las cuales se les ha dado enseñanza a un 94 por 100 de los analfabetos que han ingresado en aquél.

Se le consagró especial atención a la enseñanza agrícola en las Escuelas primarias, curso que se había empezado en cuatro Escuelas Normales, y que tam-

bién se estableció en 58 Escuelas primarias y en seis centros de enseñanza agrícola.

A los liceos para varones concurrían cerca de 19.000 alumnos, en tanto que a los de niñas concurrían más de 15.000, cifras que en ambos casos representan un aumento considerable.

Se daban conciertos populares y efectuaron exhibiciones de bellas artes, bajo la dirección del Conservatorio de Música y de la Escuela y Museo de Bellas Artes.

La Universidad de Chile confirió 639 diplomas.

Se consagraba especial atención a la educación técnica de los alumnos de ambos sexos, incluso cursos de agricultura, minería e industrias. En el Instituto de Agricultura se graduaron 39 peritos en dicha ciencia. En las Escuelas de minas, agricultura e industria, aparecían matriculados 1.780 alumnos, en tanto que a las Escuelas profesionales concurrían 5.000 niñas. Se ha creado un Consejo que tiene por objeto mejorar las condiciones de estas Escuelas.

ESTADOS UNIDOS

Investigaciones pedagógicas.—El Comité de investigaciones pedagógicas, creado en 1920 por el «Commonwealth Fund», y que dedicó el año último la cantidad de 100.000 dólares al fomento de las investigaciones y estudios pedagógicos, acaba de dar cuenta de los trabajos que con su auxilio se van a realizar o se están llevando a cabo.

En primer término, el «Fund», uni-

do a otras tres fundaciones pedagógicas, ha provisto al Consejo Americano de Educación de una suma suficiente para realizar una extensa información sobre el estado financiero de la educación en los Estados Unidos. Se examinará el presupuesto de instrucción pública de los diversos Estados para determinar la medida en que las comunidades satisfacen los deseos públicos. Se investigará el coste de los planes designados por el público y la posibilidad de efectuar economías. Se determinará la relación de los gastos en enseñanza con los de otros propósitos gubernamentales. Se harán estudios intensivos en diversos Estados que pueden ser considerados como típicos, y se reunirán los hechos más importantes que se refieren al país como totalidad. El Consejo ha nombrado una Comisión especial para realizar esta investigación.

En segundo lugar, se ha concedido una subvención a la «Columbia University», para que prepare, bajo la dirección del profesor G. D. Stroyer, un informe sobre los presupuestos escolares de las ciudades.

A la misma Universidad se le han concedido subsidios para que realice dos investigaciones bajo la dirección del conocido psicólogo profesor E. L. Thorndic. La primera de ellas se refiere a la posible reorganización del material de enseñanza en álgebra y los métodos de enseñar esta materia. La otra versa sobre la orientación profesional. Se persigue preparar «pruebas típicas» de capacidad para continuar la labor escolar y de habilidad en los oficios mecánicos y trabajos de fábricas. Estas «pruebas» se emplearán con muchachos y muchachas de quince a diez y seis años de edad, aproximadamente.

Dos subvenciones se han concedido a la Universidad de Chicago: una para el profesor Judd, con el fin de realizar un estudio de laboratorio sobre la enseñanza de la lectura; la otra al profesor Nerrison para establecer una serie de «pruebas» destinadas a medir los progresos de los alumnos en francés en las Escuelas de segunda enseñanza.

También se han reservado los medios necesarios para celebrar una asamblea preliminar sobre estudios sociales. Asimismo se han concedido recursos para realizar un estudio sobre la bibliografía periódica y fuentes para determinar

lo que se sabe sobre material histórico y geográfico, con aplicación a la posible reorganización del material escolar para la enseñanza de estas materias.

Un estudio de especial interés sobre los niños más capaces lo llevará a cabo, subvencionado también, el conocido psicólogo L. M. Terman, de la Leland Stanford Junior University. Los métodos y planes ordinarios dejan en gran parte sin desarrollar y aun perturbadas sus capacidades intelectuales y volitivas. La investigación se propone determinar ciertos hechos básicos con referencia a unos 1.000 niños de capacidad intelectual excepcionalmente grande, y seguir el desarrollo y actuaciones de estos alumnos en un período de varios años. Un estudio en parte semejante a éste lo realiza la Asociación de Psicólogos Consultores, de Nueva York, la cual se propone hacer exámenes psicológicos intensivos con un grupo de alumnos de las Escuelas públicas neoyorquinas para determinar la capacidad de los niños a su ingreso en la Escuela, clasificarlos según su capacidad y seguir su desarrollo por reexámenes y a través de sus trabajos domésticos. Así se establecerán las bases de las posibles modificaciones de los planes de estudio en beneficio de los niños intelectualmente superiores.

El Comité del Consejo de Investigaciones está dispuesto a estudiar y a atender todas las proposiciones que se le hagan sobre estudios pedagógicos importantes. Y con este fin celebra tres reuniones plenarias al año.

FRANCIA

La natación obligatoria.—A propósito de un accidente, que se repite por desgracia con grande frecuencia, monsieur Maurice Prax, en el «Petit Parisien» pide que se haga obligatoria la natación en las Escuelas, como se ha hecho obligatoria la gimnástica.

Hace pocos días ha ocurrido, dice, el siguiente doloroso suceso cerca de Cannes: Un pobre niño de doce años se ha ahogado... Era un buen escolar, estudioso y aplicado. Estudiaba matemáticas, latín, griego..., conocía las fechas de la batalla de Maratón y de la muerte de Pericles... ¡Pero no sabía nadar!

Verdaderamente que en las Escuelas se enseñan muchas cosas tan difíciles co-

mo inútiles; en cambio, no se enseña a nadar, tan fácil de aprender y tan útil en muchos casos.

Centenario de Pasteur.—El Ministro de Instrucción pública de Francia había dispuesto que el 25 de mayo se celebrara el centenario del nacimiento de Pasteur en todos los centros de enseñanza.

Y, efectivamente, el día 25 de mayo, en todos los establecimientos de enseñanza, desde la Escuela maternal a la Universidad, se ha hablado de la obra maravillosa de Pasteur, en la forma que se ha creído más eficaz conforme a la edad de los alumnos y a la categoría de la enseñanza.

Aquí se ha pronunciado un discurso sobre Pasteur; allí se ha repetido una de sus experiencias; en otra parte se ha leído su biografía, sus trabajos, sus descubrimientos; pero en todas partes se ha hablado de Pasteur. ¡Digna manera de honrar la memoria de un hombre ilustre!

ITALIA

Debilidad profesional.—Las revistas italianas de los últimos meses denuncian una falta de celo tan marcada en el trabajo de la Escuela, que ha venido a constituir una especie de debilidad profesional.

Ello ha promovido una campaña de Prensa contra las ausencias excesivas e injustificadas del personal docente de las Escuelas a que está afecto, y que vienen produciendo incalculables daños en la cultura del país.

Según la revista florentina «La Nostra Scuola», las suplencias de los Maestros ausentes vienen a costar anualmente sobre sesenta y cinco millones de liras; por cada dos Maestros puede calcularse un suplente, o lo que es lo mismo, hay que pagar tres sueldos por cada dos Maestros. El Ayuntamiento de Florencia ha tomado medidas de rigor contra las enfermedades simuladas. El consejo escolar de Benevento deplora el número considerable de licencias concedido mediante «certificados médicos de complacencia», e invita al Inspector a que se oponga por todos los medios a esta práctica tan frecuente como «poco honesta». El municipio de Roma ha acordado descontar los aumentos re-

cientes para toda licencia mal justificada. En la «Policlínica», de Roma, se ha publicado un artículo, que se intitula «Los Maestros ausentes por enfermedad y la plaga de los certificados médicos irregulares»...

El Magisterio mismo ha comprendido que este proceder es dañoso para el honor del cuerpo docente, más aún en el momento en que se pide una mejora de sueldo por la carestía de la vida, y nuestro colega «Diritti della Scuola» ha abierto una información acerca de las ausencias de los Maestros. Esta información, tomada de datos oficiales, ha dado cifras menos alarmantes que las denunciadas en los periódicos. Sin embargo, en Bérgamo se ausentan el 17 por 100 de los Maestros y el 35 por 100 de las Maestras; en Padua, de un personal de 800 funcionarios, había ausentes 128 Maestras y 26 Maestros. Las ausencias son tan frecuentes entre los jóvenes, como raras entre los viejos, que se sienten más ligados con sus alumnos y las familias.

La causa de las ausencias excesivas que desorganizan profundamente las Escuelas son, a juicio de personas autorizadas: la debilidad del sentimiento del deber profesional; la debilidad de las autoridades y la falta de sanciones para las ausencias no justificadas; el descontento general motivado por las dificultades de la vida y lo mediocre de los sueldos; el aislamiento en que se ven especialmente las Maestras recién salidas de las Normales, en pueblos inhospitalarios, donde ni encuentran casa donde vivir ni familia que las hospede. En fin, dice una revista: «La noción del Maestro que se consagra a la Escuela como a un apostollado y le sacrifica su existencia está en trance de desaparecer...»

La Prensa en general aboga por que se asignen a los Maestros los estipendios que consienta la situación económica del país; pero pide al mismo tiempo medidas enérgicas contra los que voluntariamente se descuiden en el cumplimiento del deber.

REGISTRO PAIDOLOGICO

Dispuesto en hojas sueltas, dentro de una carpeta.

Ejemplar, 4,00 pesetas.

Inspección de Primera enseñanza

LA DEL ALBA SERIA...

XLII

«Se suplica brevedad en las visitas, que el tiempo es oro». Así reza, con caracteres grandes, un cartel que se halla en el vestíbulo de una Escuela de niños. El Maestro dice con esta inscripción sus afanes y sus honradas intenciones; presenta así una norma a los que de él aprenden.

El rótulo es una inquietud. Sería atrevido si el Maestro no saliera al paso de los reparos con el haber de su conducta limpia y activa; sería ridículo si dentro, en la Escuela, no fueran la constancia y el minuto un ejemplo del aprovechamiento.

El tiempo es la inmensidad. Lo abarca todo. El tiempo es algo que se escapa, y al compás suyo ruedan todas las cosas: instituciones y riquezas, estados y miserias. Es la razón de todo, porque él afirma la verdad o él abate lo que tiene una sustentación falsa. Nada puede sustraerse a la acción del tiempo, porque el tiempo es la vida misma, y con el tiempo se desacreditan ideas, se consolida el mérito, se desmorona el orgullo, se extinguen políticas, se establecen y se pierden principios... Va el tiempo muchas veces a favor del hombre, y no es de hombres cuerdos desairarlo y perderlo. El tiempo da una justa medida a la actividad honrada; la ampara y la lleva a la hora del éxito. Hablan de ello Gladstone, Jorge Stephenson y Benjamín Franklin; hablan éstos, entre otros, del valor del minuto, porque al buen empleo de todo minuto deben su gloria. Para los holgazanes, el tiempo tiene un revés: los deja al descubierto. Son los holgazanes los que siempre llegan tarde y los que, por raro contraste, siempre saben qué hora es: son los que merecen morir de hambre. «Malgasté el tiempo, y ahora el tiempo me malgasta a mí», dice Shakespeare. Los que dejan las cosas para mañana las dejan también para el otro día, y los que permiten que se escape el momento presente se hacen acreedores al fracaso. A cada instante pertenece un beneficio o parte de él; y

si el instante pasa sin ser aprovechado, se malogra o se retarda el beneficio. Mozart, el celebrado compositor, escribió en su lecho de muerte el renombrado *Requiem*. El descanso ha de ser proporcionado a la clase de trabajo que cada uno emplee, de modo que el rato del primero sea como consejo de la extensión y de la naturaleza del segundo. Si el descanso se prolonga más allá de este límite, se entra en el campo del ocio. Con la culpa del ocio se asocian otras culpas. Una hora diaria en la ociosidad es una hora que no cae en la cuenta del bien; y una hora diaria, de especial dedicación al estudio de una ciencia, al aprendizaje de un arte o a la ejecución de alguna obra útil, puede bastar para conseguir la celebridad. En la comparación robustecen la enseñanza los ejemplos de Lincoln, Grote, Bacon y otros que se coronaron con la fama cultivando sus aficiones en los ratos libres permitidos por ocupaciones de obligación.

En la súplica del Maestro, «brevedad en las visitas», hallamos una fórmula de redención. La solicitud es el alarde de un educador que sabe cuánto vale su función; es una invitación a pensar que el tiempo es cosa fugaz, y que, por tanto, precisa rendirse a la conveniencia y a la necesidad de redoblar el esfuerzo, y de aprovechar los momentos, para dar solución al problema de la cultura pública, aquí tan apremiante.

La Escuela ha de oponerse a esa funesta corriente que tiende a convertir la huelga de todos en una realidad; la Escuela no salvará su ideal, y desacreditará sus principios, si no es vigorosa enseñanza que disponga y mueva a las voluntades para la colaboración unánime que ha de traer palmas y bienes para cada uno; la Escuela y el Maestro han de ser un dictado del tiempo para seguir con el tiempo, y sin distraer un segundo la ruta de la luz...

Yo sé de Carlyle, *el Censor*, que veía con gran disgusto que fueran a estorbarle cuando estaba entregado a sus tareas literarias, y sé de Dickens que se contrariaba mucho cuando los desocupados llegaban hasta él.

J. SALVADOR ARTIGA

carnizada y tenazmente con esta inopinada gandería de los chiquillos. También, como a ellos, os párpados se le cierran con pesadez soñolienta, y de buena gana se tumbaría sobre el mantillo del pinar para oír en reposo toda la sinfonía primaveral de la madre tierra y quizá, quizá para mirar un poco hacia adentro de su propia alma, para escudriñar sus moradas interiores y entrar en hondas cuentas consigo mismo. Pero el deber se impone, y es preciso sacar fuerzas de flaqueza y vencerse, y arrastrar la cadena de la vida con ánimo sereno, sin esperanzas, con alegría, que únicamente así es fructuoso el sacrificio, y hay que enseñar a los pequeños con el ejemplo.

En las pizarras escriben todos los mayores un pensamiento que luego van a descomponer en letras, sílabas y palabras, en concienzudo análisis gramatical; mientras, Joaquín se ocupa de los más chiquitos, que en un cercano charquito (azud microscópico que hicieron el día anterior deteniendo el curso de un arroyuelo) componen islas encantadoras con piedras musgosas, y forman puertos minúsculos, y cabos puntiagudos, y golfos hondos; y en la costa, hasta han levantado un faro de barro que parece el pilón de azúcar que tiene el señor Andreu Chinola en el escaparate de su comercio. Engolfados andan maestro y discípulos en la sabrosa explicación que a todos les divierte como un juego, cuando un lloro desgarrado y hondo viene a poner una nota de inquietud y alarma en la quietud idílica del ambiente. Joaquín se levanta; algunos chicos mayores corren en dirección al claro, movidos por una curiosidad más fuerte que la disciplina, ansiosos de investigar el horizonte. Mientras, el llanto

y los lamentos crecen, y ahora se suma a ellos una voz angustiada que pide socorro; Joaquín no aguarda más. Va hacia el borde del declive y mira. Allá abajo, al pie de un gran pino vetusto y venerable, un muchachuelo descalzo, con el faldón de la camisa fuera, arrastrando un cordelillo que hace oficios de tirante, revuelta la hirsuta pelambre, se revuelca en el suelo con muestras de un dolor muy agudo. El pastorcillo que tiraba piedras al parranquillo, abandonando como Madoz su rebaño, ha acudido presto y caritativo a los lamentos del rapaz, y cerca, intenta averiguar la causa de tan desusada aflicción. En pie, con el dedo índice en la boca y la otra mano en la oreja, un chiquillo de apenas siete años, hermano del pastor, contempla filosóficamente un objeto que yace a sus pies, sin preocuparse gran cosa de las jeremiadas del interfecto.

—¿Qué pasa aquí, Manuelet?—pregunta Madoz al pastorcillo, que es uno de sus mejores alumnos de las clases de adultos.

Manuelet es un chico avispadillo y listo, que, en la turbación y angustia del momento, no pierde la vista las buenas formas que le enseñó su maestro, y quitándose el gran sombrero de palma con que se defiende del sol, declara a trompicones:

—¿Qué quiere usted que pase, señor maestro? Este chiquillo, ¿sabe usted?... el hijo del forner... (1), que, como no va a la escuela, se pasa el día por el monte como una cabra, haciendo el *perdut* (2) por todo el término.

—¡No es verdad!..., no es verdad..., ¡mentiroso!...

(1) Hornero.

(2) Perdido.

Yo no estaba haciendo el perdido, sino que recogía estiércol, porque mi padre me lo manda—se defendió el rapaz, perfecto tipo de golfillo truhán y desvergonzado, rebelde a todo freno.

—¡Y también tu padre te manda robar piñas y coger nidos de pájaros! Mire, señor maestro, es un pillo que coge los nidos por el gusto de cogerlos nada más; lo mismo da que sean de cagarneras, que de gafarrones, que de mochuelos. ¡Sabe lo que hace!, pues se los lleva a su casa y los mete bajo de un garbillo, y cuando se cansa de tenerlos, llama al gato y se entretiene en ver cómo los caza y se los merienda.

Un movimiento afirmativo corre por elorro los chicos; todos lo saben, todos lo han visto, todos lo aseguran y, a la vez, todos lo repreben, porque, hostiles, las miradas se fijan en el reo como una acusación enérgica de crueldad, que sus instintos de humanidad, cultivados desde hace un año por el maestro, repelen como una cosa abyecta.

—¡Es mentira, es mentira!—se defiende desespeadamente el culpable, mezclando sus protestas a nuevos lamentos y quejidos.

—Sí, señor, D. Joaquín; créaselo, que yo no digo mentiras. Ahí tiene usted la prueba...; mire usted que nido de verdoleros...; y en cañones que están; éstos se morirán sin remedio.

—Pero tú ¿por qué lloras?... Sepamos qué te ha pasado. ¡A ver!

Joaquín Madoz se inclina prestamente sobre el rapazuelo, que continúa gemebundo, hecho un ovillo al pie del tronco, mirando con ira y rencor al pastorcillo acusador. Por debajo de los jirones de su camisa, rota en el costado, Madoz descubre un ras-

una instancia al ministro solicitando una subvención para edificar escuelas nuevas en vista de que las autoridades se hacían el sordo negándose a toda gestión. Creían ambos que sería admitida con el apoyo del Duque y del diputado, esperando aumentar la cantidad que les concedieran con el producto de una suscripción popular, a fin de hacerlas hermosas y grandes. Le intrigaba el misterio en que se habla encerrado el duque de Sales. Sabía por Montornés que estuvo en Madrid Sospechaba que se ocupaba de él y de Valdecabres; pero, obedeciendo a sus indicaciones, no se abrevía a distraerle con visitas de inútil cortesía.

Juan de Dios se reformaba lentamente, insensiblemente.

Madoz trabajaba discreto en aquel espíritu, y esperaba la hora, no muy lejana, en que aquel pobre ser dominado sacudiese, como Valdecabres, las amarras y diese el grito de rebelión.

... ..

Mayo rozagante y esplendoroso, tiende una alfombra de flores sobre los campos. El cielo es muy azul y muy limpio; la Sorocha es una pajarrera inmensa donde los pajarrillos, jilgueros y ruiseñores cantan en disputa de armonías. Va haciendo ya calor, y el cuerpo, soñoliento, se adormece, negándose a toda faena física o a todo trabajo intelectual. En el boscaje de la pinada del convento, los chiquillos trabajan enervados, luchando con la pereza que les invade; cualquier cosa distrae su atención volandera: el murmullo un poco acentuado de la fronda, el chasquido de una piedra que dejó caer un pastor en el remanso del barranquillo, el zumbido de los caballitos del diablo... Joaquín Madoz combate en-

una estatua de alabastro. Pilar, trémula de rabia, abandonó la galería.

Nada de esto sabía Federico Montornés y, sin embargo, sintiendo un soberano desprecio y una profunda antipatía por aquella necia familia de rancios abollengos, no se dignó visitarles. Pasaba en su coche frente al portalón blasonado para hacer en la plaza la maniobra del viraje, tocando y alborotando con la bocina, cuyos toques semejaban gritos burlescos de hilaridad en los oídos de aquellos hidalgos estúpidos, insultos procaces a su miserosa altivez sin dula, como un reproche de la laboriosidad y del trabajo de la clase media, que con el sudor de su frente podía procurarse la comodidad de tener auto, a la indolencia vergonzosa de los señoritos vagos y crapulosos.

Don Silvino, despechado, fraguaba planes de venganza contra todos; ya no eran contra éste ni contra aquél. En su violenta exacerbación, sentía un odio general contra la humanidad entera. Triunfaba contra Montornés porque pagaba demasiado caros los jornales de los braceros, con lo cual estaba haciendo imposible la recolección a los propietarios del campo, pues los jornaleros pedían para ir al campo un salario por lo menos igual al que se cobraba en la vía. Al abogado le hacían coro las autoridades y los cuatro o cinco propietarios que en el pueblo había, sin contar al esperpento de Ferrandón, que vociferaba a diestro y siniestro cuando tocaban el santo.

El pueblo en tanto, veía satisfecho, pensando que sus pequeños tendrían pan y leña abundantes aquel invierno.

Madoz, en unión de doña María, había elevado

guño de regulares proporciones, un colgajo de piel sanguinolenta y dos o tres erosiones, que dicen bien claro toda la odisea del muchacho en las alturas del pino venerable.

—Me quedé enganchado de una rama—gimotea el estropeado zagalillo—; yo no había subido por el nido, sino por una piña para mi madre, que tiene que hacer *cocotets* (1) y necesita piñones... ¡ay!, ¡ay!; no me toque usted el pié, que no sé lo que tengo, don Joaquín. Me mareé de verme tan alto, y no sé lo que me entró, que empezó todo a darme vueltas; entonces sentí que me caía, y, no sé cómo, me encontré en el aire...

—Sí, y allí se aguantó hasta que la camisa se le acabó de romper y se fué al suelo... Mire usted, hizo ¡plof!, como si cayera un saco; por pronto que llegué yo, ya estaba en tierra. No sé cómo no se ha reventado. Pero te está bien empleado, por ladrón y por malas entrañas—aseguró implacable Manue.é.

—Ten caridad, hombre—suplicó el maestro con una severa mirada de reproche, que sella los labios del pastor—. A ver... ¿Puedes levantarte?... ¡No! Debes tener estropeado un pié.

Efectivamente; el tobillo, tumefacto y cárdemo, da clara idea de un golpetazo tremendo, y quizá de una dislocación o de una rotura. Madoz, alarmado, cree lo más oportuno hacer venir en el acto al doctor Montejo. Envía para ello a dos chicos de los más despejados, y tomando asiento junto al herido y obligando a los demás a que hagan lo propio, hábiles de esta suerte, mientras con sus manos blan-

(1) Tortitas.

cas y señoriles sostiene el sucio nidal donde los pajillos feos, apenas encañonados, con sus grandes picos pajizos, abiertos en espera del alimento, llaman en vano a la mareta.

—¿No os da esto lástima?—dice con blandura a sus discípulos—. Miradlos cómo llaman a su madre-cita, como vuestros hermanos pequeñitos lloran cuando les faltan los brazos y los besos de vuestras madres...; si vosotros lográseis entender su lenguaje, da cierto llorarais también con ellos al escuchar las palabras tristes y doloridas con que piden el amor que Choldet les ha robado. ¿Qué dirías tú, Choldet, si ahora, en lugar de recogerte nosotros bondadosos y avisar al señor médico y llevarte a tu casa, te arrastrásemos hasta una cueva oscura y desconocida y allá te dejáramos, encerrado y solo, hasta que murieras de rabia, de hambre y de angustia? Una vislumbre de espanto pasa por la mirada azorada del chicuelo. Madoz, seguro de la influencia de sus razones, continúa entre severo y dulce, como padre cariñoso que corrige con blandura:

—¿Y acaso estos pobres pajillos no tiemen derecho a la libertad y al cariño de su familia, igual que tú? ¿Qué lamentos no exhalarian tus padres si al regresar un día de sus faenas, como los padres de estos verderoles, que han ido a buen seguro en busca de alimento para sus hijuelos, se encontrasen con la casa vacía, como ellos van a encontrarse sin el nido ahora cuando vuelvan?... ¿Qué te han hecho, di? ¿No les hizo la misma mano que a ti te formó; no son criaturas igual que tú? Asesinar a seres que no pueden defenderse, es de villanos y cobardes, Choldet; nuestro amparo, sí: eso es lo que debe-

removido en el alma del mayorazgo el peso de sus malquerencias hacia el trampingo cecique, a quien, desde el malaventurado viaje a Forna, miraba con muy malos ojos.

Ante aquella nueva fase de su pasión, cambiábase la infantina, de tímida y resignada, en violenta y colérica. No parecía la dulce María de las Mercedes. Su rostro ceñido perdió la expresión de suave dulzura que le embellecía, tornándose adusto, crudo, sombrío. Sus labios se contrajeron en desdeñosa mueca de soberbia; sus ojos duros, con reflejos de acero, dejaban adivinar en su fondo un rencor concentrado. En aquella cabeza, acalorada por la fiebre de los celos, bullían los planes de venganza más atroces. Mortificaba a Madoz con una fina sátira, que le punzaba las fibras más endebles del alma, obligándole a ejecutar esfuerzos violentísimos para no desbordar el contenido torrente de su indignación. Sólo el nombre de Caridad Montornés la ponía fuera de sí, irritándola terriblemente.

Una noche, doña Paz y Mercedes, con objeto de soliviantar al maestro y averiguar lo que por el pueblo se decía, cogieron en lenguas a la viuda y dijeron de ella una serie de sandeces, que hicieron saltar la risa a Madoz y a D. Crisanto.

—¿No tienen ustedes otra cosa que decir de ella?—dijo valiente el padre capellán.

Y añadió Madoz:

—Vale más que lle tengán envidia que caridad.

De la boquita rosada de Pilarita salieron entones insultos, atrocidades. Madoz y el capellán siguieron riendo. Mercedes no dijo nada, pero al volver la cabeza el capellán la vió Horar, inmóvil como

SUGESTIONES

Supongo que todos los Inspectores habrán recibido mi carta. A todos, al menos, se envió. En ella pido datos para hacer un trabajo amplio y preciso que sintetice la copiosa labor de la Inspección. Algunos me escriben preguntando en qué forma, cómo deben remitirme lo que pido. Y a todos ellos contesto desde aquí.

Y contesto para no contestar nada. ¿En qué forma? Yo no lo sé. Y no lo sé porque la multiplicidad de la labor, su poliedrismo interesante, resiste a una norma fija, a una clave simple donde pueda insertarse la labor global del Cuerpo. He oído constantemente que la actuación de los Inspectores queda desperdigada, suelta, perdida en el recinto provinciano. Sé perfectamente que todo su mérito se acaba las más veces en los límites de la zona. Y ante mi creencia y ante la creencia de numerosos compañeros a quienes oí esto mismo, quise ofrecerme como el hilvanador de todos los trabajos, como el subalterno compilador que une lo que los demás hicieron.

Dije una vez que hacía falta «descubrir al Inspector». Al Inspector no se le conoce. Y no se le conoce donde más falta hace que sea conocido: en las altas esferas de la enseñanza. Claro que para «descubrir al Inspector» lo más fácil será enterarse de su obra. Y eso he querido yo intentar. Pero intentarlo con síntesis, con acoplamientos sistemáticos que ayuden a vencer la pereza o la desgana de tantas gentes para quienes no existimos.

Por eso, cuando recibo cartas preguntándome la forma de enviarme los datos, no sé qué contestar. Creo que será mejor no sujetarse a un patrón rígido, sino que cada cual debe aportar lo que crea que ha de contribuir a nuestro descubrimiento, a determinar la longitud y la latitud de nuestra personalidad profesional. Así lo han entendido muchos. Y hay quien me dice que su actividad la orienta hacia el establecimiento de cotos forestales. Hay quien tiene funcionando la Mutualidad escolar en la casi totalidad de su zona. Una ha publicado un libro y anuncia otro. Alguien ha despertado el interés de los intelectuales y su colaboración en la obra escolar, etc.

Es decir, el Cuerpo de Inspectores—más allá de eso vulgar y secundario que se llama inspeccionar—está produciendo una considerable labor que se ignora. ¿Por qué no ha de salir a la superficie, por qué no ha de mostrarse como ejecutoria de optimismo y de esfuerzo? Se nos combate. ¿Y no será lícita la defensa, no será discreto verter en cifras y en palabras nuestro amplio haber?

¿Quién anima a las gentes para crear Escuelas? ¿Por qué se construyen nuevos edificios? ¿Quién ayuda y sostiene el espíritu del Maestro? ¿Quién contribuye—aparte, claro está, al alma que ponga el Maestro—a la creación de campos agrícolas, a la organización de mutualidades, de bibliotecas, etc.? Todo esto debemos preguntarnos, y esos son los datos que convienen. ¿Pasa alguien más que el Inspector por los pueblos dormidos? ¿Habla alguien más—en conferencias, o en cursillos, o en conversaciones sencillas, casi siempre más fecundas—a estas gentes calladas y tristes?

Los que nos combaten cometen su injusticia, porque no se detienen un momento a meditar en esos interrogantes. Y ya que no se detienen, démosles nosotros las respuestas.

Cuando el director de **El Magisterio Español** me hizo encargo de una información del movimiento pedagógico en España, yo sentí, por qué he de negarlo, una viva alegría. A mi juicio, era la hora de poder decir en alta voz la labor que realizan los Inspectores. Los que me preguntan, ya saben mi pensamiento. Consignando mi gratitud para todos aquellos que tan rápidamente han enviado sus datos, y rogando a los otros, los que compartan esta orientación, envíen los suyos.

Yo creo que no sólo los datos de este curso. Creo que conviene sistematizar la publicación para años sucesivos. Digo esto recogiendo lo que es iniciativa de varios compañeros que me escriben. Yo estoy siempre, y con todo cariño, decidido a poner mis actividades al servicio de todo lo que sea contribuir a que se haga al Cuerpo de Inspectores la justicia que merece.

LILLO RODELGO

"ENTRE MONTAÑAS"

Ejemplar, 5,00 pesetas.

Impresiones de la visita a una Escuela

Gran satisfacción fué para mí acompañar a la señorita Inspectora de la provincia de Jaén a la visita de la Escuela de Sabariegos, cuya Maestra nos llenó de tanta admiración y entusiasmo, que no queremos dejar de transcribir aquí, muy a la ligera y a manera de notas, nuestras impresiones.

Hicimos la primera parte del viaje en auto por la carretera de Alcalá-Priego, y a los veinte minutos dejamos auto y carretera para montar en caballerías que al efecto se habían dispuesto, y tomar el camino del pueblecillo. Parece irrisorio llamar camino a un sendero de tres centímetros de ancho, que, culebreando, sube y baja en interminable zig-zag por empinados picachos, desfiladeros imponentes y hondos valles sembrados de pedruscos que lastiman a las bestias y dificultan enormemente su marcha.

El obstáculo de un río se nos presenta, y después de buscar todos los medios imaginables para evadir su paso, se nos asegura que no hay más remedio sino pasarlo a vado, y nos resignamos a ello, no sin las consiguientes peripecias de jinetes noveles.

Sigue el camino por entre desfiladeros que amedrentan el ánimo. La caravana se aumenta con la llegada de la Maestra que sale a recibir a su Inspectora. Entonces empezamos a comprender el triste destino de aquella Maestra, casi niña, según acusa su juvenil aspecto. ¡En qué alejamiento vive esta criatura!, pensábamos; cuando quiera aproximarse al poblado más cercano, que es Alcaudete, habrá de atravesar, indefectiblemente, estas soledades y por estos despeñaderos. ¡Pobre niña!

Al fin llegamos al pueblo, de unos 500 caseríos o cortijos diseminados aquí y allá. Sus habitantes viven dedicados, exclusivamente, al cuidado de sus tierras. No hay que pensar siquiera encontrar en la cortijada ni iglesia, ni sacerdote, ni médico, ni botica, ni elemento ninguno que satisfaga las primeras aspiraciones propias del alma o que proporcione remedio a las dolencias corporales.

La Maestra nos guió a su casa, y en ella, ¡qué limpieza, qué derroche de limpieza por todas partes! Nos llamó extraordinariamente la atención ver reunidos en el portal de la casa a la mayor parte de las mujeres y varios hombres de aquellos cortijos, con ese quietismo característico de la gente pueblerina que mira, mira y calla. ¡Querrían así honrar la venida de la Inspectora?

Tal vez por romper el silencio, o por entrar en relaciones con ellos, preguntóles la señorita Inspectora, con su habitual bondad, si querían mucho a la Maestra. ¡Que si la queremos, contestó un viejo, aquí ella lo es todo..! Y al decirlo se pasó las manos por los ojos, que tenía llenos de lágrimas. Entonces nos enteramos de lo que es la Maestrilla aquella, de aspecto juvenil y de extrema modestia. Varios años lleva ejerciendo en aquel pueblo, donde fué a enterrar su juventud, sosteniendo a su familia, compuesta de su madre, muy anciana; un hermano de treinta años, idiota y enfermo, y de una tía suya paralítica.

Para mayor lujo de detalles, recogió, movida por su hermoso y caritativo corazón, a una muchacha completamente anormal, cuyo encargo le dejara la madre de la chica al morir...

Conociendo las condiciones del pueblo, y el insignificante sueldo con que cuenta para hacer frente a tan crítica situación, huelga todo comentario...

Pero hay más. Aquella jovencita que teníamos delante, lo es todo en el pueblo, como dijera el viejo llorando. Los buenos vecinos ven en la Maestra a su médico, su boticario, su juez, su todo. ¡Se trata de préstamos, contratos, firmas de documentos, papeles para casamientos, etc.? Pues con la mayor naturalidad van a su Maestra, quien, patriarcalmente, les redacta, escribe y da curso a cuanto necesitan los sencillos cortijeros. ¡Que se pone enfermo alguno de ellos? Al punto llaman a la puerta de la Maestra para preguntar qué remedios y qué cuidados son necesarios. Y, aunque sea a media noche, nunca

marchan sin receta casera, segura y fielmente observada. Una madre nos presenta a su chiquitín, a quien las delicadas manos de la Maestra hizo hijo de Dios, vertiendo sobre él las aguas del bautismo. Y ¿no le tocará en muchos casos extremos cumplir con estos santos deberes...? Las mozuelas acuden a la Maestra, en íntima confianza, para depositar en ella su primer secreto; y a ella demandan sanción para elegir aquel que habrá de ser el dueño de su corazón...

Hondamente conmovidas entramos en la Escuela, y en ella desborda nuestra admiración. ¿Es posible que encontráramos, oculta entre aquellas breñas y en un poblado de los más incultos, aquella *tacita de plata*, que así llamaríamos al local-escuela, bañado todo de luz; respirando alegría, con sus blancas paredes; reflejando los haces que el sol vertía a raudales, aspirando las esencias de los campos, y... sobre todo, aquel orden tan admirable en libros, tinteros, material (la mayor parte hecho por la misma Maestra)? ¿Y la actitud de los chiquillos? No se dará nada más encantador. ¿Qué naturalidad, qué alegría en aquellos rostros! Miran, hablan hasta con cierta distinción.

Intimidada por la señorita Inspectora, comienza a actuar la Maestra, llamando a los niños por secciones. Nuestro entusiasmo crece por momentos al constatar la enseñanza que aquellos niños reciben de su Maestra. Un pequeño, de nueve años, nos deleita, recitando y apuntado en el mapa la provincia de Jaén en todos sus aspectos; mientras, una niña de siete años corta una camisa por un método tan racional como sencillo. Otro explica Geometría, valiéndose de figuras lineales construídas con alambre forrado de papel verde. Leen bien; sin esa entonación impertinente que en general se da en las Escuelas. Mientras una sección está ocupada con la Maestra, la otra escribe. Emocionante resulta leer las cartitas que redactan; respiran ingenuidad, gracia, delicadeza, elevación de ideas, y... ¡Son chicos de cortijos!

Mirábamos a la Maestra, que seguía actuando con indecible sencillez, sin aparato, como si todo su mundo se limitara a aquellos niños y a su Escuela, y el alma se nos asomaba a los ojos pensando en el desolador cuadro que se

ofrecería a sus cuidados cuando, cerrada la Escuela, volviese a su familia enferma, imposibilitada, en la que vertía íntegro su pobre sueldecillo... ¿Comentarios? Ninguno. Sería discordar en la armonía que aquella Maestra-Apóstol supo hacer vibrar en nuestras almas.

FRANCISCA G. FERRERO

Ecós del Magisterio

A todos los Maestros de más de treinta y cinco años y sin Escuela en propiedad. — Queridos compañeros: Todos habréis visto el nuevo Estatuto general del Magisterio primario, y como yo habréis observado el hecho de limitar en treinta y cinco años el derecho para opositar Escuelas.

Como ello está en pugna con nuestros bien adquiridos derechos y con la ley del 57, unámonos para protestar como un sólo hombre de tamaña anormalidad, y con el arma al brazo para, en el caso de no ser atendidos, recurrir al pleito contencioso.

DOMINGO OTERO

Graduada de la calle de Tarragona, número 22, Madrid.



Pidiendo justicia.—Con este título nos envía un artículo doña Petra Monedero, de Torduelles (Burgos), manifestando que hace tres años tiene pedido el reingreso por ser excedente, y todavía no ha podido conseguirlo, pues las vacantes que pudieron corresponderle se las han llevado los cónyuges, por la preferencia que la ley les concede.

La señora Monedero pide que se haga justicia y desaparezcan los privilegios.

RECITACIONES ESCOLARES

Trozos escogidos en verso y prosa de los mejores autores, clasificados por asuntos; Familia, Escuela, Patria, Humanidad, Arte, Naturaleza y Dios, por *D. Ezequiel Solana*.

232 páginas, 29 grabados. Ejemplar, 1,50 pesetas.

CRONICA GENERAL

De Marruecos

Personas que han llegado recientemente de Melilla confirman los rumores que circularon días pasados sobre un ataque a la posición de Tizzi-Azza, los cuales fueron negados en los centros oficiales.

Según las referencias, los moros atacaron aquella posición tres días seguidos, siendo el ataque más intenso el sostenido el primer día, combatiéndose más de trece horas. En ese tiempo nuestras tropas tuvieron 20 muertos, entre ellos algunos oficiales, y bastantes heridos, figurando entre éstos el comandante que, según las noticias facilitadas en los centros oficiales, resultó herido por una bala suelta.

De Madrid

Los Regulares de Ceuta recibieron en el Retiro la bandera que se les concedió por su heroico comportamiento en el campo de batalla y por su lealtad a España.

Presenciaron el solemne acto los Reyes, que fueron aclamados. También lo fueron las fuerzas indígenas a su paso por las calles de regreso al campamento.

La guardia exterior del Regio Alcázar la montaron ayer fuerzas de Caballería e Infantería del Grupo de Regulares indígenas de Ceuta.

—Se celebró Consejo de ministros, estudiándose detenidamente los dos gravísimos problemas que atraen la atención del Gobierno y de España entera: Marruecos y Barcelona. De Marruecos se estudió detenidamente la situación creada por la crisis. Se asegura que el motivo de ésta ha sido el tratado con el Raisuni, que se considera humillante para el Ejército y para España.

El desarrollo de la huelga de Barcelona también fué muy estudiado, el gobernador será llamado a Madrid, y no se encuentra quien pueda sustituirlo.

De provincias

Esta mañana se ha celebrado en Bilbao la revisión ante nuevo Jurado de la causa del gerente de Altos Hornos. Se habían adoptado toda clase de precauciones. Los tranvías iban custodiados por parejas de la Guardia civil y de Se-

guridad, y a la entrada de la Audiencia se cacheaba a cuantos entraban y se les exigía que identificaran su personalidad.

Al terminarse el juicio, el presidente de la Sala hizo el resumen, se entregaron al Jurado ocho preguntas para que deliberase sobre la respuesta que a ellas se debía dar. La deliberación duró veinticinco minutos, siendo negativa la respuesta a todas las preguntas.

En vista de ello el Tribunal declaró inculpables a los procesados. Estos han salido y a la calle, entre la expectación general, hasta de los mismos sindicalistas.

La opinión se muestra por ello muy decepcionada.

Extranjero

El marco se ha cotizado en Viena a la par de la corona. En Londres ha hecho algo menos, terminando a 280.000 la libra esterlina. En Berlín los cambios han sido: libra esterlina, 285.000 marcos; dólar, 61.865; peseta, 9.362, y franco suizo, 11.072.

—Los jurisperitos redactan en la actualidad las cláusulas del acuerdo grecoturco para darle forma legal.

—La huelga es general en Portmund (Alemania ocupada). Ha habido sangrientas colisiones entre la Policía y los comunistas; éstos patrullan armados por las calles.

De Duisburgo comunican que ha cesado por completo en varias fabricas.

En Solinge los huelguistas se han hecho dueños por la violencia de las minas de Schamroek, después de un encuentro en el que resultaron un muerto y dos heridos.

En Witten, un grupo numeroso de manifestantes tuvo un encuentro sangriento con la Policía, a consecuencia del cual resultaron dos muertos.

Oposiciones a escuelas

ACADEMIA DE SAN FERMIN

Fuencarral, 119, 1.º (Glorieta Bilbao) Madrid

El Magisterio Español.—Apartado, 131.